

LA VISPERA

AÑO I.

ESPAÑA, MAYO 1951

NUM. 2

De política exterior

Se habla mucho de los éxitos de política exterior del Régimen. Desde luego, quien primero habla de ello es el propio Régimen. Y lo hace con la seguridad y el aplomo de quien sabe que nadie puede contradecirle. Y, en esto como en muchas otras cosas, los hombres del Régimen llegan a creer su propia propaganda. Porque propaganda, y poco más de propaganda, son tales triunfos.

Ciertamente, el Régimen ha tenido una cualidad: la frialdad con que ha sabido ver que la supuesta «conjuración contra España», no ha tenido la menor importancia práctica. Que era pura palabrería en cuanto a eficacia para derribarle. Ciertamente, se ha hablado mucho del Régimen en el extranjero, y el noventa por ciento de lo que se ha dicho ha sido en contra. En realidad, pocas veces un sistema político ha disfrutado de tan universal repulsa. Ahora bien, lo que se ha dicho y lo que se ha sentido contra el Régimen no ha cuajado nunca en una decisión para derribarle, ni siquiera de poner los medios de hacerlo.

Esto parecerá una monstruosa mentira a muchas personas de buena fe que puedan leerlo. Sin duda se lo parecerá también a los representantes del Régimen, la inmensa mayoría de los cuales creen sinceramente lo de la «conjuración antiespañola». Pero es así. Veamos un poco.

Por lo pronto, medida política no se ha tomado absolutamente ninguna que si quiera remotamente pudiera derribar al Régimen. Porque la retirada de los embajadores de Madrid fué la decisión más inútil y contraproducente que pueda haberse imaginado. Parece que esta medida fuera adoptada de acuerdo con el Régimen, puesto que sus efectos forzosamente habían de ser favorables al mismo. Por un lado, las potencias extranjeras renunciaron a tener aquí unos observadores y portavoces autorizados que podían resultar molestos en muchas ocasiones; por otra parte, la medida daba pie a la propaganda del Régimen para fundamentar las afirmaciones sobre la «conjuración internacional», haciendo que muchos adversarios y disconformes con el Régimen se agruparan en torno a este por patriotismo, temiendo que el país estuviera realmente amenazado. Pero en cuanto a eficacia para derribar al sistema, creo absoluto. Porque nadie podía ser tan inocente como para suponer que un Régimen fundado en la dureza y la fuerza como el actual, y cuyos jerarcas supremos saben que pueden perderlo todo en un cambio, iba a renunciar bonitamente al dominio del país simplemente por la vergüenza de ver marcharse a los embajadores extranjeros, sin que ello llevara siquiera consigo la ruptura de relaciones diplomáticas.

La propaganda ha dicho muchísimas veces que el acuerdo de retirar a los embajadores lo había adoptado la O. N. U. para satisfacer a Rusia. Precisamente, es lo contrario: lo adoptó para dar una apariencia de satisfacción a Rusia y, en realidad, al mismo tiempo, no hacer nada positivo contra el Régimen español. Y como no es muy

(Sigue en la segunda página)



ESTORIL. — S. A. R. el Conde de Barcelona en su mesa de trabajo.

LA JORNADA DEL REY

En su jornada, el Rey hace honor al título que más ufano ostenta: al título de primer español. Como a tal, en dos cosas no quiere ser aventajado: en amor a la Patria y al trabajo.

Destina la mañana, primeramente, a la lectura de la prensa nacional y extranjera que, abundantísima, llega a sus manos. Palpa en ella el compás de la vida española; el del mundo y el del mundo con respeto a España.

Pasa luego al estudio —minucioso y detallado— de todos los problemas políticos, económicos, sociales y militares que por su vigencia se imponen al momento. Ahonda en ellos, y prevé.

La correspondencia, luego, pasa íntegramente por sus manos. Por ella —extensísima— recibe de España noticias, aliento, gratitud y sugerencias. Y si la nacional es importantísima, no lo es menos la que mantiene con altas personalidades del extranjero que, convencidas de su valor y misión, le tienen al corriente de todo aquello de interés común que el Rey debe saber.

Queda destinada la tarde —hombre práctico, asequible e insobornable— a las audiencias. Como buen Rey, da una importancia primordial a las mismas.

Primeramente, y nos complace hacerlo saber a los españoles, recibe, antes y después de venir a España, a todas las personalidades extranjeras que se llegan a Madrid para cumplimentar cualquier misión oficial o semi oficial, política, social o económica. Y eso nos permite afirmar que es el Rey el español más enterado de la realidad y del momento nacional. Le solicitan, asimismo, audiencia, muchas personalidades de viaje por Europa que, por su posición ante el Régimen no tienen porque llegar a Madrid. A este respecto, resaltamos las dos entrevistas que tuvo con el delegado del Plan Marshall para la Europa Occidental en el viaje que últimamente realizó éste por Europa.

Y luego Villa Giralda, su residencia de Estoril, da cabida a todos los españoles que pasan por Portugal. Con éstos se entretiene, inquieta, pulsa, escucha... Son entrevistas sanas y limpias, en las que se rebustecen la fe del Rey en sus súbditos, y de los españoles en su Rey.

Nos interesa recalcar que el Rey es fácilmente asequible a quienes desean hablar con él. No hay más que ser español para que nos reciba con los brazos abiertos. Con llamar a «Villa Giralda» (Teléfono: Estoril 1091), y ponerse de acuerdo con su secretario, la audiencia queda concertada.

La peligrosa curva de la economía española⁽¹⁾

En nuestro artículo anterior dábamos una serie de datos estadísticos para demostrar lo siguiente: 1.º que la economía española sigue siendo básicamente agrícola; 2.º que la producción de cereales y patatas, no solo no se ha igualado en ningún caso a la cosecha mediada los años 1931-35, sino que la producción está en baja desde 1946 a 1950, cuando las oportunidades del comercio internacional, yugulado durante la guerra mundial, permitían esperar que por parte del gobierno español se importaran los elementos estimulantes de nuestra agricultura; 3.º que la baja de la producción agrícola tiene tres repercusiones inmediatas: descenso de la renta nacional, imposibilidad de cubrir las necesidades de nuestra población y por último un gran desequilibrio en las partidas del comercio de importación, de forma que hoy se importan muchísimos más alimentos que en 1931 (es decir, artículos de consumo) mientras entran en España muchísimos menos artículos creadores de nueva riqueza (materias primas). Demostrábamos así que el problema agrícola es el fundamental de la economía española, pues en tanto nuestro comercio de importación se vea tan gravado por la compra en el extranjero de bienes de consumo, no es posible llevar a la práctica los planes industriales que ha trazado el gobierno. También señalábamos el fracaso del Régimen durante sus doce años de poder absoluto, no consiguiendo una recuperación de la agricultura, al contrario, perjudicándola a menudo por el contradictorio efecto de sus medidas legislativas.

Tenemos, pues, que sufre España un grave proceso de empobrecimiento. A la par existe una tendencia de inflación monetaria y de precios, realmente peligrosa cuando no va acompañada de creación de nueva riqueza. El gobierno ha implantado desde 1948 un régimen de restricciones contra la inflación, que desde el otoño de 1950 han sido moderadas en vista de que habían producido una crisis comercial. La inflación reprimida era como una coraza puesta a la vida económica del país: implicaba la renuncia a cometer gastos públicos en la escala que España necesita para levantar nuevas fuentes de riqueza, e implicaba al mismo tiempo un cálculo en la carrera de los precios y salarios, es decir, se debía exigir a los españoles que prestasen su apoyo a un sistema que les condonaría para siempre a la austeridad o a la miseria más absoluta. Pues la inflación reprimida apenas puede afirmarse que produjera un incremento de la capacidad adquisitiva del dinero; al contrario, lo que todos los comerciantes y posibles compradores saben, es que produjo una crisis por falta de dinero circulante sin influir en los precios.

Ahora parece que se ha puesto de nuevo el pie en la pendiente de la inflación, sin duda para conceder el transitorio respiro de unos aumentos de salarios (a cargo de empresas y consumidores) y el optimismo de ciertas facilidades crediticias (a costa de los Bancos). No es aventurado pensar que inmediatamente se intentará poner otra vez en práctica el sistema de inflación reprimido, para detener la carrera al borde del *point courant* de la crisis. Todo este proceso, sin embargo, ¿cuantas veces podrá re-

petirse? Si al mismo tiempo, año tras año, hemos de traer cada día del exterior más productos de consumo a través de una sangría de nuestras reservas financieras, ¿no llegará un instante en que esta mezquina mecánica del ministro de Hacienda, se vea totalmente desbordada por los hechos de la realidad económica? Y sobre todo, ¿no es un sistema de «tramppear» mal que bien, de modo transitorio, una situación grave, sin tener en cuenta el estado en que se entregará la Patria a los hombres que el día de mañana, por irrenunciable exigencia del tiempo, hayan de encarrarse con los problemas hoy no resueltos?

En 1946 el Banco Urquiza elaboró un programa de restauración de la agricultura española, que comprendía las siguientes necesidades (importación en millones de dólares).

	1948-49	1949-50	1950-51	1951-52	Total
Fertilizantes nitrogenados	30	28	17	10	85
Fertilizantes fosfat.	5	5	5	5	20
Animales de laboreo	13	13	13	13	52
Tractores	10	10	5	5	30
Totales	58	56	40	33	187

Este programa requería, como es lógico, unos recursos financieros en el Exterior que había de conseguir poniendo unos medios políticos y diplomáticos. Tales recursos no se buscaron, y en cuanto toca a las bases políticas que los hubieran hecho posibles, dado que desde 1945 hay en el mundo una nación que ha hecho generosamente de banquero internacional, es sabido que el Régimen prefirió la actitud del numantinismo. Consecuentemente, la deficitaria agricultura española siguió pesando como una losa sobre toda nuestra vida económica, las cosechas han disminuido en el período 1946-1950, y a la subsistencia del pueblo se ha atendido mediante una sangría de las reservas oro.

DESCENSO DE LAS RESERVAS ORO

(Datos del *United Nations Monthly Bulletin of Statistics*)

EN MILLONES DE DÓLARES

1945 . . .	110	1949 (marzo) . . .	101
1946 . . .	111	1950 (febrero) . . .	80

Cuando sabemos que otros países hace tiempo que han resuelto su problema agrícola (Francia, por ejemplo, recibió para incrementar su agro en el primer año de funcionamiento del Plan Marshall, 323.000.000 dólares), pensamos que para las generaciones del futuro resultará incomprensible el fracaso del Régimen en lograr una solución económica en unos instantes en los que sólo había que hacer un gesto para contar con la ayuda generosamente ofrecida a todo el mundo.

(1) Continuación del artículo del n.º 1 de (La Vespera).

EL OBJETO PRINCIPAL DE LA ECONOMÍA POLÍTICA QUE DEBE CULTIVAR UN ESTADISTA ES: SUMINISTRAR AL PUEBLO O NACIÓN ABUNDANTE SUBSISTENCIA, O HABLANDO CON MÁS PROPIEDAD, HABILITAR A SUS INDIVIDUOS Y PONERLES EN ESTADO DE PODER SURTIRSE POR SI MISMOS DE TODO LO NECESARIO.

ADAM SMITH, «Riqueza de las Naciones», Libro IV.

DE POLÍTICA EXTERIOR

(Continuación)

seguro que Rusia tenga verdadero interés en que caiga el Régimen, se dió por satisfecha. (En esto de Rusia pasan cosas muy extrañas. Por ejemplo: ¿Por qué, en toda la orquestación verbal de la «campaña antiespañola», Rusia no ha planteado nunca en serio la cuestión de la División Azul?).

Queda otro aspecto. El económico. Ciertamente, España se ha visto apartada de las grandes organizaciones mundiales para la restauración de la economía. Principalmente, se ha visto apartada del Plan Marshall. Y este apartamiento, cualesquiera que sean los beneficios a obtener desde ahora, pesará terriblemente por largos años en la historia de nuestro país. El Plan Marshall ha sido una etapa europea importantísima que nos ha pasado de largo. Francia gracias al Plan Marshall, ha aumentado su producción en un cuarenta por ciento. Pues bien, el índice de producción española es inferior al de antes de la guerra civil. El desnivel brutal que esto origina lo llevará adelante España por largo tiempo. Porque, repetimos: aun suponiendo —lo que es mu-

cho suponer— que los Estados Unidos declaran ayudarnos ahora en la misma proporción que a los demás países, nunca lo harán con los atrasos, o sea dándonos encima de lo que ahora nos dan lo que nos hubieran dado por el Plan Marshall.

Pero que este ostracismo económico fuera una medida destinada a derribar al Régimen, no puede creerse. Porque precisamente empieza a ser abandonado en el momento en que empieza a surgir sus efectos políticos. Efectos políticos que necesariamente habían de ser muy tardíos, puesto que un régimen de fuerza como es el actual puede prolongar su vida muchísimo más allá del disgusto de los habitantes del país por la situación económica.

Ahora con la vuelta de los embajadores, el Régimen afirma haber logrado un éxito internacional espléndido. En realidad, lo que sucede es que nuestras relaciones con el exterior se han normalizado. Esto es, que en este terreno estamos como cualquier otro país del mundo: como Rusia, como Indonesia, como Abisinia. Normalizado, puramente normalizado. Los países extranjeros se han dado cuenta del error que cometieron retirando a los embajadores. Y han reci-

tificado, aun sabiendo que la propaganda no dejaría de utilizar las noticias y las fotografías de los correspondientes desfiles diplomáticos para sus fines de ensalzamiento del Régimen. Por lo demás, todo sigue por el estilo. Y suponiendo que España vaya entrando lentamente en el concierto mundial occidental, ello será por una mera cuestión de necesidad militar de los Estados Unidos. El Régimen no habrá tenido en ello más parte que la de no querer marcharse. Que es lo que de todos modos habría hecho en cualquier caso. Si España, a su debido tiempo, hubiera tenido un Régimen Monárquico constitucional de orden y sana libertad, los beneficios del Plan Marshall no habrían pasado por alto y España estaría llegando al actual difícil momento internacional con una economía sana y un pueblo bien alimentado. Y los escasos y limitados favores que puedan darle los E. E. U. U.—en su sed de soldados— serían mucho más grandes y más dignamente recibidos. Y en cuanto a la presencia de embajadores extranjeros en Madrid, la Monarquía Española nunca consideró que ello fuera un éxito, porque estaba acostumbrada a que no faltaran nunca.

LA INSTITUCION MONÁRQUICA HEREDITARIA ES UNA DE LAS CONQUISTAS MAS GRANDES Y MAS FELICES DE LA CIENCIA POLITICA.

BALMES.

LA MONARQUIA HEREDITARIA ES, POR SU PROPIA NATURALEZA, UN ELEMENTO BÁSICO DE ESTABILIDAD MERCED A LA PERMANENCIA INSTITUCIONAL QUE TRIUNFA DE LA CADUCIDAD DE LAS PERSONAS Y GRACIAS A LA FIJEZA Y CLARIDAD DE LOS PRINCIPIOS SUCESORIOS, QUE ELIMINAN LOS MOTIVOS DE DISCORDIA Y HACEN IMPOSIBLE EL CHOQUE DE LOS APETITOS Y LAS BANDERÍAS.

«DEL MANIFIESTO DE 1947».

MILLONES DE ESPAÑOLES DE LAS MAS VARIADAS IDEOLOGIAS, CONVENCIDOS DE ESTA VERDAD, VEN EN LA MONARQUIA LA ÚNICA INSTITUCIÓN SALVADORA.

«DEL MANIFIESTO DE 1945».

Los estudiantes de Medicina de Madrid, en huelga

Madrid, 2 abril (Reuter)

Los estudiantes de Medicina de Madrid se han declarado en huelga para obtener facilidades de transporte. Tienen derecho a una tarifa reducida en las líneas de tranvías que llevan a la Ciudad Universitaria, pero piden que esta facilidad sea extendida a todas las líneas y todos los días de la semana.

Seis estudiantes arrestados han sido puestos en libertad acto seguido.

Tres mil estudiantes que se dirigían en manifestación hacia el Ayuntamiento, han entrado en colisión con la policía. Se señala un cierto número de heridos.

Recordamos que incidentes idénticos se desarrollaron en Barcelona, a principios de marzo, preludiando la huelga general.

Nuevas manifestaciones de estudiantes en Madrid

Madrid, 3 de abril (A. P.)

Las manifestaciones de estudiantes contra el aumento de tarifas en los tranvías han proseguido hoy en Madrid.

Fueron rotos los cristales de varios tranvías y cuatro automóviles atacados.

Los manifestantes eran unos 1.500. Cuatro de ellos fueron arrestados.

Fin de la huelga de estudiantes madrileños

Madrid, 4 de abril (Reuter)

Los estudiantes de medicina y de farmacia que han reanudado las clases después de una huelga de dos días, han sido advertidos que en caso de reincidencia, el examen de junio les será anulado. Aunque la mitad de la clase se manifieste, todos serán castigados. En adelante los estudiantes deberán exhibir documentos de identidad al entrar en clase.

SOBRE EL IMPORTANTE AVISO DE LOS SUCESOS DE BARCELONA

La importancia de los sucesos ocurridos últimamente en algunas ciudades y pueblos españoles, las consecuencias que de estos sucesos pueden derivarse y los síntomas políticos que revelan, nos obligan hoy, a que de una manera desapasionada y lúdica, los consideremos en toda su dramática amplitud.

Sin temor a exagerar, creemos que España vivió el día 12 de marzo una jornada histórica, pues tras once años de silencio, por primera vez y con impresionante unanimidad, el Régimen sufrió una censura abrumadora y recogió una amenaza que de ninguna manera debiera olvidar. Creemos que el día 12 de marzo fue un momento histórico, porque en aquella fecha el pueblo español recobró la conciencia de su capacidad de manifestación y se exteriorizó de una forma que no deja lugar a equívocos.

Quiere esto decir que en lo sucesivo el Régimen deberá tener en cuenta a un factor que hasta ahora jamás contó en sus decisiones: la opinión de todos los españoles.

EL GOBIERNO ACUSA A LOS COMUNISTAS

La huelga se había anunciado con una generosa anticipación de ocho o diez días. Pero las autoridades, que no podían creer en una profecía tan insólita, no hicieron caso. Sabemos que el Gobernador Civil, señor Baeza Alegria, no tomó ninguna medida para evitar el paro de la vida ciudadana, y nos consta, porque él mismo lo declaró en cierta ocasión, su asombro ante la proporción de los acontecimientos. El asombro del señor Baeza Alegria y la perplejidad del Gobierno eran la consecuencia de la radical incomprendición demostrada por ellos ante la unánime manifestación de los usuarios, manifestación en la que las tarifas impuestas por la Compañía de Tranvías no fué más que un pretexto para patentizar una energética repulsa a las autoridades municipales, una severa censura a la gestión gubernativa del señor Baeza Alegria y una

clara advertencia a la política seguida por el Régimen. Pero, por lo que más tarde se vió, la primera autoridad civil de Barcelona, privada de la más elemental sensibilidad política, no supo captar el sentido de los hechos. Y el sentido, como decímos, fué general.

Lo primero que se hizo fué buscar a un responsable, y el fardo de las culpas cayó sobre las espaldas de los comunistas. «Los sucesos de hoy tienen un claro origen: se trata de un intento de evidente inspiración comunista. (De las declaraciones del Gobernador Civil de Barcelona. La Vanguardia, 13 de Marzo de 1951, pág. II)

Aunque hasta la fecha no se haya hecho ninguna otra referencia oficial acerca de las detenciones de los agitadores comunistas, ni tampoco se haya dado cuenta de la justicia aplicada a los supuestos detenidos, admitamos que los sucesos ocurridos en Barcelona fueron obra de elementos comunistas.

La suposición es altamente intranquilizadora. Y lo es, entre otras razones, por estos dos motivos: porque esto haría suponer que el Gobierno ha sido incapaz de reducir en España la acción del comunismo militarizado, y porque esa incapacidad demostraría que el Régimen ha hecho estéril la victoria que en 1939, y a costa de tanta sangre, ganamos nosotros en los frentes de batalla.

De ser cierta la versión oficial, es decir, de ser cierto que los sucesos en Barcelona fueron provocados por agitadores comunistas, cabe preguntar: ¿Qué ha hecho el Régimen para que, al cabo de once años de estar pregonando su victoria anticommunista, haya podido ser sorprendido por una huelga cuyas proporciones no han sido igualadas en ninguna ciudad europea? Porque a pesar de todas las supuestas debilidades que suelen achacarse a las grandes democracias europeas, en ninguna capital extranjera se ha producido jamás un colapso ciudadano de inspiración comunista más absoluto del que sufrió Barcelona. Lo cual y siempre de

acuerdo con la tesis oficial, nos hace suponer que los comunistas, cuya acción política creímos haber sido esterilizada por el Régimen, tiene en Barcelona una capacidad militante muy superior a la que pueden desarrollar en cualquier país de Europa, salvo Rusia.

Nos preguntamos nosotros qué impresión debieron hacer las declaraciones del señor Baeza Alegria en el ánimo de los recién llegados embajadores extranjeros. ¿No fué para ellos una amarga decepción el hecho de que las mismas autoridades, anticipándose a la versión dada por Radio Moscú, confesaran que España, primer baluarte del mundo en la lucha anticomunista, había sufrido, y en el corazón de la primera ciudad industrial, una tremenda sacudida comunista? ¿Qué se había logrado, pues con la pretendida política esterilizadora del Régimen?

Nosotros, en nombre de cientos de miles de españoles que lucharon contra el comunismo durante nuestra guerra civil, y en representación de los millones de españoles que sufrieron los efectos de la persecución roja, en nombre de los que cayeron y en representación de nuestros hijos, para quienes estamos obligados a construir un futuro mejor, conscientes de la tremenda gravedad que implica esta insospechada confesión de nuestras autoridades, protestamos de la manera más energética ante el hecho de que el Régimen, según propia declaración, haya permitido que, malbaratando nuestra sangre y sudor, el comunismo pudiera continuar amenazando nuestras vidas.

LA REVOLUCIÓN DESDE DENTRO

Hay, sin embargo, otra tesis: la de que los sucesos ocurridos en Barcelona se prepararon, al amparo de ciertos organismos oficiales, por personas aparentemente ligadas al Régimen.

Dos datos abogan en favor de esta hipótesis: la actitud que días antes al paro ciudadano adoptaron en una reunión celebrada en la C. N. S. los enlaces sindicales —enlaces que *a priori* deben ser considerados como elementos afectos al Régimen— y la maravillosa rapidez y precisión con que fueron lanzadas las órdenes de paro, cosa que hace suponer que aquellas consignas fueron dictadas con la ayuda de unos medios inaccesibles a la mejor organización clandestina.

Abunda en esta teoría el hecho de que sólo un sindicato único —que es el sindicato vertical ideado por la Falange y adoptado por el Régimen— puede controlar de una manera absoluta a todos los trabajadores de la Nación, obligándoles a cumplir sus consignas, como eran aquellas de no acudir al trabajo, es decir, de manifestar su disconformidad ante la carestía de la vida, ante la venalidad de los ediles municipales, ante la incompetencia de la autoridad civil y ante los continuos desaciertos del Régimen, cuando esas consignas, decimos, sean como las que posiblemente se dictaron desde la C. N. S., es natural que sin necesidad de ninguna violencia, fueran cumplidas con la mayor rapidez y puntualidad que todos sabemos.

Porque precisa recordar que, según nos consta, en ninguna fábrica, taller u oficina, hubo necesidad de recurrir a la fuerza para que los obreros y empleados abandonaran el trabajo. Lo cual nos obliga a suponer que el control ejercido por los dirigentes de la huelga sobre la masa obrera era perfecto, y que, por su parte, esa masa trabajadora acusaba una afiladísima sensibilidad para manifestar un descontento largamente suprimido.

No sabriamos decir cuál de las dos suposiciones acerca del origen de los sucesos de Barcelona es más grave. Pues si el atribuir a los comunistas una capacidad de acción superior a la que tienen en cualquier otra parte de Europa es algo que nos llena de pavor, achacar la puesta en marcha de aquella inmensa manifestación de protesta

hacia el Régimen a ciertos elementos encuadrados en determinadas esferas oficiales es algo que nos causa una profunda indignación.

Si la huelga no fué obra de los comunistas, sino de la C. N. S. o de algunos dirigentes de esta organización sindical, quiere esto decir que el Régimen, perdida su primera vitalidad, ha entrado en una etapa de franca descomposición; quiere decir que, vuelto contra él, el Régimen es atacado por sus propios organismos. Lo cual es la manera clásica de preludiar el fin.

Si es así, nosotros, que estamos cansados de revueltas, que ya hemos hecho una guerra y que nunca hemos creído en la eficacia política de los sindicatos verticales, protestamos ante el hecho inaudito de que, por segunda vez en menos de veinte años, por maldad, por desidia, o por impotencia, la revolución vuelva a incubarse en las mismas entrañas de un Régimen que la mayoría de los españoles no admiten de buen grado.

FUENTEJOVENA

Aceptemos ahora que ni los comunistas ni la C. N. S. hubieran organizado aquella formidable, única manifestación de protesta. ¿Quién fué entonces su inspirador? Los catalanistas? Los republicanos? No. Porque en Cataluña, donde hace poco hemos tenido ocasión de estar, no hay catalanistas dispuestos a desencadenar un movimiento como el que estalló en Barcelona. El separatismo catalán fue muy mal herido por los comunistas cuando la guerra civil, y aunque el Régimen, cuyo desconocimiento del problema regional ha sido absoluto, gracias a sus desacertadas medidas haya reavivado algo los antiguos sentimientos extremistas, no hay duda de que el catalanismo militante, es decir, el catalanismo de izquierda carece de fuerza. Y otro tanto ocurre con los republicanos, cuyo catastrófico final nadie puede olvidar en aquella región donde hay una inmensa mayoría de gentes para quienes la normalidad política, esto es, la estabilidad económica, es absolutamente indispensable para el ejercicio de sus espléndidas dotaciones de trabajo.

Si descartamos la opinión del Gobierno —que tan inocentemente acusa a los comunistas— si desecharmos la tesis que apunta contra la C. N. S. —tesis que en parte es la más acertada— si no admitimos la participación de los catalanistas ni de los republicanos ¿Quién queda entonces? Queda un personaje: la ciudad.

Los eternos derechos de la Monarquía

Circula el rumor, aunque ignoramos de dónde y con qué intenciones pueda haber surgido, de que los derechos de la Monarquía prescribían el pasado 14 de abril por haber transcurrido veinte años desde la proclamación de la República.

Parece innecesario tomar en consideración tan absurda noticia pero no estará de más el afirmar desde estas líneas que los derechos de la Monarquía son imprescriptibles y el transcurso del tiempo, aunque debilita los sentimientos, no afecta para nada a los derechos, que siguen vigentes cada día con mayor pujanza.

Supongamos ahora que la intervención de los comunistas, de la C. N. S., o de quien fuere, en la organización de aquella repulsa colectiva fuera mínima. Admitamos que los comunistas son en Barcelona una pequeña minoría inoperante, y aceptemos que la C. N. S. sea un organismo al servicio del Régimen. ¿Quién pudo entonces organizar el paro ciudadano? Sólo cabe una respuesta: la ciudad se paró espontáneamente, por voluntad propia. La ciudad, que en aquellos momentos asumió la representación de todas las ciudades y pueblos de España, formó un solo bloque y, como en el drama de Fuenteovejuna, constituida la colectividad en un único protagonista, formuló, y muy a la española, una tremenda, impresionante acusación.

¿Qué es más grave, suponer que los comunistas son capaces de paralizar la vida de una ciudad como Barcelona, que los organismos oficiales se vuelven contra el Régimen que los creó, o que el pueblo español ya no puede soportar la presencia de sus gobernantes?

Que cada cual acepte la teoría que crea más acertada. Pero que todo el mundo recuerde la impresionante falta de autoridad que Barcelona vivió durante aquella jornada, y que nadie olvide que una vez más, como en tantas ocasiones de nuestra historia, los ojos de todos los barceloneses se volvieron hacia el Ejército, cuyos jefes obraron con un sentido de responsabilidad del que mucho debieran aprender esos políticos improvisados cuyas manos se aferran a un poder que no merecen y que nadie les ha confiado.

De provincias

MANRESA.—En ésta ciudad y a mediados de abril se planteó la huelga general y por idénticos motivos que la que afectó a Barcelona en los días 12 y 13 de marzo. La carestía de la vida, y el creciente desnivel entre coste de los artículos básicos y sueldos percibidos, han sido el motivo que ha dado punto de arranque a este paro, acentuado quizás por la disconformidad de la masa obrera con las interacciones de producciones de consumo y cosechas, sistemas de ya fracasada experiencia en las anteriores campañas pro abaratamiento de la vida.

BILBAO.—Durante toda la semana que fué del 16 al 22 de abril, corrió por la ciudad y provincia la especie de que el lunes, día 23, se declararía la huelga general.

Las autoridades, queriendo prevenir el paro, dieron la comunicación de que todo obrero que el día 23 faltara al trabajo, podía considerarse despedido de la empresa. No obstante ésta amenaza, el día 23 fué de huelga general en toda la provincia. Se calculan en 300.000 el número de huelguistas bilbaínos.

SAN SEBASTIÁN.—24 abril.

Ayer, día 23, e igual que en toda Vizcaya, se planteó la huelga general en San Sebastián y provincia. A pesar de las medidas de represión que el gobierno tomó y anunció, el paro fué seguido con plena unanimidad por los obreros de todas las empresas.

* * *

De toda España nos llegan noticias del malestar producido en la nación, agravando la inquietud general, el hecho de que para atender a las demandas lógicas de racionamiento de Barcelona y su zona industrial —en un año supremo de apaciguamiento hacia la zona catalana que inició las huelgas generales— se dejen desprovistos a otras provincias de comestibles esenciales.

Es ésta una política de falsos remiendos que la nación no puede soportar y provoca constantes y nuevos desórdenes en la mayoría de provincias españolas.

La intervención de cosechas, en un año que se promete próspero, crea también un descontento general tanto en los agricultores como en los consumidores que, por experiencia, saben que estas medidas no conducen a la baja.